

# NEW LEFT REVIEW 138

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2023

## ARTÍCULOS

DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Siete tesis sobre la política estadounidense	7
VOLODYMYR ISHCHENKO	¿Voces ucranianas?	33
CÉDRIC DURAND	El fin de la hegemonía financiera	45
PHILIP CUNLIFFE	Los significados del Brexit	65
CHRISTOPHER BICKERTON	Pensando como un Estado-miembro	75
THOMAS MEANEY	Las fortunas del <i>Green New Deal</i>	89

## ENTREVISTA

TARIQ ALI & ERNEST MANDEL	En el centenario de Ernest Mandel	117
---------------------------	-----------------------------------	-----

## ARTÍCULOS

CAITLÍN DOHERTY	Entre el ego y la libido	125
EKAITZ CANCELA & PEDRO M. REY-ARAÚJO	El experimento de Podemos	141

## CRÍTICA

SUSAN WATKINS	¿El imperio de los hechos?	167
MICHAEL CRAMER	Viento del Este	179
HARRIET FRIEDMANN	Los futuros de la agroganadería	189

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



ERNEST MANDEL & TARIQ ALI

*Entrevista*

## LA SUERTE DE UNA JUVENTUD

### FUERA DE LO COMÚN

*Ernest, tenías 10 años cuando Hitler tomó el poder en Alemania y 16 cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Sin duda fue una época horrible para ser joven, especialmente para alguien como tú de origen judío. ¿Cuáles son tus primeros recuerdos de aquella época?*<sup>1</sup>

**B**UENO, POR EXTRAÑO que parezca, pero esto probablemente responde a una mentalidad especial no muy común en verdad, no tengo un mal recuerdo de ese periodo. Al contrario. Tengo en realidad un recuerdo de tensión, sí, de excitación, sí, de nerviosismo, pero en absoluto de desesperación. En absoluto. Esto tiene algo que ver con el hecho de que éramos una familia muy politizada.

*¿Tu padre era un activista?*

En aquella época mi padre no era un activista. Lo había sido en la época de la revolución alemana. Había huido de Bélgica a Holanda en la Primera Guerra Mundial, porque no quería hacer el servicio militar. En ese momento ya era un socialista netamente situado a la izquierda y había conocido en Holanda a Willem Pieck, que más tarde sería presidente de la República Democrática Alemana. Cuando estalló la revolución alemana fueron juntos a Berlín. Trabajó durante unos meses en la primera agencia de prensa de la Rusia soviética en Berlín. Conoció personalmente a Radek y a mucha otra gente. Y así encontré en las estanterías de casa una fantástica colección de publicaciones antiguas: libros de Marx, libros de Lenin, libros de Trotsky, el *Inprecor* de Correspondencia Internacional de

---

<sup>1</sup> Ernest Mandel & Tariq Ali, «The Luck of a Crazy Youth (Interview with Ernest Mandel)» *NLR* 1/213, septiembre-octubre de 1995.

la época, literatura rusa, etcétera. Mi padre abandonó la actividad política en torno a 1923. Su vida estuvo muy en sintonía con los vaivenes generales de la revolución mundial. La llegada de Hitler al poder fue una conmoción para él, porque era totalmente consciente de lo que ello significaría para el mundo. Recuerdo —y quizá sea mi primer recuerdo político, tenía nueve años en 1932— el periodo del llamado *putsch* de Papen, cuando el gobierno socialdemócrata de Prusia fue eliminado, y Severing, el ministro del Interior, junto con el jefe de la policía, hizo esta famosa o infame declaración, «*Ich weiche vor dem Gewalt*» [Me rindo ante la violencia]. Un teniente y dos soldados habían entrado en su despacho y él permitió que se desmoronase en tan solo cinco minutos todo el poder que los socialdemócratas habían acumulado en los catorce años transcurridos desde 1918. Esta noticia apareció en el diario socialdemócrata de Amberes, nuestra ciudad natal. Mi padre hizo comentarios muy duros al respecto. Dijo que esto iba a acabar muy mal: es el principio del fin. Lo recuerdo muy bien. Y luego, cuando Hitler accedió al poder, comenzaron a llegar a casa los primeros refugiados, también algunos miembros de nuestra familia y algunos amigos. 1933, 1934 y 1935 fueron años realmente terribles en Bélgica, ya que fue el periodo más intenso de la crisis y la gente pasaba mucha hambre. Por supuesto, era mucho peor que hoy, mucho peor. La reina belga se hizo popular simplemente porque repartía pan y margarina entre los parados. Uno de los refugiados que vino a nuestra casa nos contó, como si fuera normal, que en Berlín habían vendido su cama para comprar pan. Dormían en el suelo, porque tenían que comprar pan. Eran tiempos terribles. Mi padre también pasó por malos momentos, pero nunca nos encontramos en la situación contada por nuestros amigos. Nunca pasamos hambre, pero vimos cómo nuestro nivel de vida descendió drásticamente durante ese periodo. Estos años, 1933, 1934, 1935, fueron un poco menos políticos.

*¿Tu compromiso político comenzó cuando estalló la guerra?*

Mucho antes de que estallase la guerra, 1936 supuso un punto de inflexión para mi padre y para mí. Convergieron dos factores, la Guerra Civil española y los juicios de Moscú. Estos acontecimientos tuvieron un gran impacto sobre nosotros. El movimiento obrero de Amberes y Bélgica desempeñó un papel importante. La Guerra Civil española suscitó una tremenda ola de solidaridad. Recuerdo bien la manifestación del 1 de mayo de 1937. Había quizá 100.000 personas en las calles, además de la gente que volvía de las Brigadas Internacionales tras combatir en España y

grupos de personas recogiendo fondos. Fueron recibidos con una ovación que nunca olvidaré. Antes de la Campaña de Solidaridad con Vietnam, fue el mayor acontecimiento internacional al que habíamos asistido en Bélgica. Luego vinieron los juicios de Moscú, que supusieron una conmoción tremenda para mi padre. Había conocido personalmente a varios de los acusados del primer juicio, que eran funcionarios de la Comintern. Radek fue uno de los principales acusados del segundo juicio. Mi padre se enfadó muchísimo, muchísimo, y en el acto organizó un comité de solidaridad con los acusados del juicio de Moscú. Se puso en contacto con un pequeño grupo trotskista de Amberes. Se reunían en nuestra casa y yo me convertí, a los 13 años, en simpatizante de Trotsky; no en miembro del grupo, porque la organización no era tan estúpida como para permitir que un niño de 13 años entrara en sus filas. Pero asistía a las reuniones, escuchaba, y me consideraban un joven brillante, así que no se opusieron a que participara en las mismas. Tenía 15 años cuando me admitieron formalmente. Y era un momento interesante, porque fue poco después de la conferencia fundacional de la Cuarta Internacional.

*¿Cuándo fue eso?*

1938. La Young People's Socialist League of the United States, la organización juvenil del Socialist Workers Party (SWP), envió a un hombre llamado Nattie Gould para hablarnos de la conferencia fundacional. Todavía lo veo ante mis ojos. Recorrió varios países de Europa occidental para ofrecer un informe sobre la conferencia fundacional y explicar el trabajo del SWP. Vino a Amberes y se alojó en nuestra casa donde se reunía la célula de la organización de la ciudad. Creo que fue después de esa reunión, cuando fui admitido formalmente como miembro candidato. Entonces se produjo una cierta situación de vacío y este fue el periodo más difícil probablemente atravesado por nuestro país. En 1939 todo el mundo estaba seguro de que la guerra estallaría. Estábamos muy aislados. Distribuimos un folleto por las principales calles de Amberes; no era una forma muy inteligente de actuar, debido al clima reinante.

*¿Qué decía la octavilla?*

Era un panfleto contra la guerra. Decía: «La guerra se aproxima, pero no es nuestra guerra», etcétera, etcétera. No tuvo muy buena acogida y estaba escrito de forma muy abstracta y propagandística. ¡Yo no lo escribí y no asumo ninguna responsabilidad por ello!

*¿Pero lo distribuiste?*

Lo distribuí, obviamente.

*¿Tenías 15 años cuando distribuiste tu primera octavilla?*

Tenía casi 16. Fue una época muy difícil, probablemente la más difícil que hemos vivido. Nuestra organización comprendía dos sectores en Bélgica. Uno constituido por una pequeña base de masas, que teníamos en uno de los distritos mineros del carbón, que contaba con unos seiscientos miembros procedentes de la socialdemocracia. Obtuvimos la mayoría absoluta en una de las ciudades mineras y la respuesta de los empresarios fue cerrar inmediatamente el pozo de esa ciudad, que nunca volvió a abrirse. Todos los mineros que votaron a la extrema izquierda fueron víctimas de su compromiso político. Antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra, nunca volvieron a ser contratados. El camarada Scargill sabrá de que estoy hablando. No hay nada nuevo bajo el sol.

*¿Cuándo te uniste a la resistencia?*

Bueno, el grupo al que me acabo de referir abandonó la organización en el momento en el que tuvimos que pasar a la clandestinidad. Su líder fue asesinado por los estalinistas con la calumniosa acusación de colaboración con los nazis, lo cual no era más que una mentira. Después de la guerra, estos camaradas –tengo que llamarlos así, aunque ya no eran trotskistas, sino socialistas de oposición, socialistas de izquierda– se presentaron a las elecciones municipales y volvieron a obtener la mayoría absoluta, lo cual demuestra que no eran colaboradores de los nazis: se trataba de una calumnia ridícula. Con la pérdida de estas personas llegamos al punto más bajo de nuestra organización. Teníamos quizá una docena o dos docenas de miembros en el invierno de 1939-1940, justo antes de la invasión alemana. La organización era clandestina. El ambiente en el país era terrible. El ejército alemán invadió Bélgica el 10 de mayo y las operaciones militares concluyeron con la capitulación del 28 de mayo. El país estaba ocupado y las primeras semanas produjeron una desorientación total. Henri de Man, líder del Partido Socialista, permaneció como viceprimer ministro. Capituló ante los nazis. Hizo un llamamiento público a colaborar con la ocupación. Parte del aparato sindical le apoyó. En cuanto al Partido Comunista, publicaba un periódico legal. Debido al pacto Stalin-Hitler estaban dispuestos a someterse a la censura nazi. Todos estos

acontecimientos supusieron una verdadera conmoción para nosotros. Éramos muy débiles y muy pequeños. Entonces nos enteramos del asesinato del Viejo, del asesinato de Trotsky. Los periódicos belgas publicaron la información alrededor del 21 de agosto. Inmediatamente vino a casa de mi padre una de las figuras legendarias del comunismo belga, un camarada llamado Polk, que había sido miembro fundador del partido, miembro del comité central durante la década de 1920 y que se había hecho trotskista, opositor de izquierda. Estaba llorando. Había conocido personalmente al Viejo. También vinieron otros compañeros. Había siete u ocho personas que decían lo mismo. La única manera de responder a este asesinato era reiniciar inmediatamente la organización, demostrar a este sucio asesino que no puede suprimir las ideas y que no puede suprimir una corriente de resistencia. Decidimos reconstruir la organización y enviamos gente a otras partes del país.

*¿Se hizo de forma clandestina?*

Fue totalmente clandestino. Descubrimos que los camaradas de Bruselas pensaban exactamente lo mismo. En un par de semanas montamos el esqueleto de la organización. Empezamos a publicar nuestro primer periódico ilegal antes de que acabara el año, 1940. Montamos una pequeña imprenta ilegal y todo aquello empezó a funcionar, debo decir, bastante bien dadas las circunstancias. Había una pequeña organización ilegal y tuvimos una buena respuesta en algunos barrios obreros, porque, en cierto sentido, teníamos el monopolio. El Partido Comunista no se identificaba en absoluto con la resistencia. Los socialdemócratas se identificaban en realidad con la colaboración. Debo añadir inmediatamente que la resistencia no era tan popular. La mayoría de la gente seguía pensando que los alemanes ganarían la guerra. En el mejor de los casos la población se comportaba de modo abstencionista y pasivo. En el peor querían ponerse del lado de los vencedores.

*¿Seguiais aislados?*

Después del invierno las cosas cambiaron. La derrota de los alemanes en la Batalla de Inglaterra tuvo algo que ver con ello. La experiencia del invierno fue muy amarga, muy dura. Las raciones de comida eran muy reducidas, así que había mucho descontento entre los trabajadores. Las primeras huelgas estallaron en marzo. Entonces el Partido Comunista empezó a cambiar. No es cierto que esperaran hasta el ataque a la Unión

Soviética. En cuanto percibieron algún movimiento, un movimiento masivo, comenzaron a actuar con cautela para no quedar completamente al margen de los acontecimientos. No querían darnos a nosotros y a otros nuevos grupos de resistencia el monopolio de la movilización, porque ese habría sido el precio de no hacer nada. Y, por supuesto, cuando se produjo el ataque a la Unión Soviética, entonces fueron más audaces. Así la situación se complicó para nosotros, pero al mismo tiempo se amplió el alcance general de la resistencia de masas. Debo decir que nunca dudé ni un solo día de que los nazis perderían la guerra. Puedo decirlo con cierta satisfacción cuando miro atrás. Yo era un hombre joven, no muy maduro –muy insensato desde muchos puntos de vista–, pero debo decir que nunca dudé de que un día los nazis serían derrotados. De eso estaba absolutamente convencido, lo cual me llevó a realizar algunas acciones realmente imprudentes.

*¿Distribuiste panfletos a los soldados alemanes?*

Sí, pero eso no fue lo más descabellado. Era en realidad hacer lo correcto. Cuando fui arrestado por primera vez, me las arreglé para escapar de la cárcel. Me atraparon una segunda vez y escapé del campo. La tercera vez que me cogieron me llevaron a Alemania. Estaba muy contento. No comprendí en absoluto que la probabilidad de que me mataran rozaba el 99,9 por 100.

*Porque eras marxista y judío.*

Judío, marxista, comunista y trotskista. Había cuatro razones para ser asesinado por diferentes grupos de personas, si se puede decir así. Yo estaba feliz de ser deportado a Alemania, porque estaría en el centro de la revolución alemana. Me decía: «Maravilloso, estoy justo donde quiero estar». Era completamente irresponsable, por supuesto.

*¿Y volviste a intentar escapar?*

Bueno, esto también es una historia de locura. El hecho de que siga vivo es realmente la excepción a la regla. En cierto sentido, de nuevo, puedo decir con satisfacción que mi perspectiva ayudó, pero no debería exagerar, porque la suerte también jugó a mi favor. No obstante, gracias a mi comportamiento político y creo que a un planteamiento correcto de una serie de problemas básicos, pude establecer inmediatamente buenas

relaciones con algunos de los guardias. No me comporté como la mayoría de los prisioneros belgas y franceses, que eran muy antialemanes. Busqué deliberadamente guardianes políticamente simpatizantes. Era lo más inteligente, incluso desde el punto de vista de la autopreservación. Así que busqué alemanes que se mostraran amistosos, que dieran pruebas de cierto juicio político. Enseguida encontré algunos antiguos socialdemócratas, incluso algunos viejos comunistas.

*¿Entre los guardias del campo de concentración?*

Entre los guardias, sí. No era un campo de concentración, era un campo de prisioneros. Yo estaba condenado, así que eso ya era una ventaja. En un campo de concentración estaban las SS, que era el peor tipo de gente. En estos campos de prisioneros había funcionarios del sistema penitenciario, como sucede en una prisión británica. Así que había gente que llevaba allí desde las décadas de 1920 o 1930; pensé que algunos de ellos serían socialdemócratas, porque los socialdemócratas habían sido ministros del Interior durante mucho tiempo. Y ese era exactamente el caso, como pude comprobar. También entre los prisioneros traté de encontrar a algunos jóvenes alemanes, que fueran de izquierda y estuvieran en contra de la guerra, y de nuevo encontré a muchos de ellos, más de los que podrías imaginar. Los encontré e hice amigos. Mi primer amigo allí era una excelente persona, que había sido condenado a cadena perpetua, porque había hablado en contra de la guerra. Era hijo de un ferroviario socialista de Colonia. Después de comprobar que podía confiar en mí, me dio la dirección de su padre y la de unos amigos de este, diciéndome: «Si alguna vez escapas, ve a su casa, te ayudarán, te meterán en un tren y podrás volver a tu país». Así que desarrollé un plan. Pero, de todos modos, todo era una locura. Trabajábamos en un lugar inolvidable: una de las fábricas más grandes de Alemania, quizá incluso la más grande del país.

*¿Qué se producía allí?*

Gasolina, gasolina sintética para la maquinaria de guerra, para los aviones y los tanques. Era como un microcosmos de Europa. Había prisioneros de guerra rusos, prisioneros de guerra occidentales, prisioneros políticos, prisioneros procedentes de los campos de concentración, civiles que realizaban trabajos forzados, civiles que realizaban trabajos en condiciones de libertad y algunos trabajadores alemanes. Había 60.000 personas trabajando allí. Era como un microcosmos de la sociedad europea bajo el nazismo. Y había



un grupo de trabajadores belgas, incluso algunos de Amberes, mi ciudad natal. Me hice amigo de ellos y les pedí que me dieran ropa para poder quitarme el uniforme de presidiario. Miré las vallas eléctricas de seguridad que rodeaban el campo y descubrí que las apagaban por determinados motivos por la mañana, cuando tenían que cambiar la guardia en las torres de vigilancia. Me cercioré de ello y trepé por el muro, por encima de la alambrada. Tenía guantes, pero era absolutamente disparatado, absolutamente loco.

*El tipo de locura que te salvó la vida.*

En cierto sentido. Era un riesgo terrible que me atraparan y me dispararan inmediatamente. De hecho, por desgracia, me atraparon. Tuve tres días de libertad, que fueron muy estimulantes, muy embriagadores. Comí fruta fresca por primera vez desde que estaba en la cárcel. Una mujer alemana me dio manzanas y peras, lo cual me hizo muy feliz. Conocía el camino hacia la frontera, cerca de Aquisgrán. Pero me atraparon en el bosque la tercera noche. Volví a tener mucha suerte. Empecé a hablar con el *garde du chasse* que me había detenido. Le dije: «Escucha, ¿has visto los periódicos? Los Aliados ya están en Bruselas, pronto estarán en Aquisgrán. Si me matas ahora, muy pronto estarás metido en un buen lío. Mejor méteme en la cárcel sin demasiadas alharacas». Lo entendió y se mostró muy comprensivo.

*¿Eras un comunicador convincente incluso entonces, Ernest?*

Si quieres expresarlo así. Incluso me dio una gran hogaza de pan. No quiero presumir; lo que hice fue elemental. Por supuesto, di un nombre falso. No di el nombre exacto del campo del que me había escapado, así que me llevaron a otra prisión. Pero al final descubrieron quién era y al cabo de dos semanas me recluyeron en muy malas condiciones, con grilletes y demás parafernalia, porque sabían que era un preso fugado. Pero allí estaba mucho más seguro a pesar de las condiciones. El comandante del campo del que me había escapado vino a verme a la prisión –en la que ocupaba una celda terrible y oscura– y me dijo: «Eres un tipo raro. ¿Sabes que si te hubieran traído de vuelta, seguramente te habrían ahorcado de modo inmediato?». Le dije que sí. Me miró totalmente asombrado. Pero, por supuesto, en esta nueva prisión él no podía ahorcarme. Ya estaba condenado, así que me mantuvieron allí en Eich desde octubre de 1944 hasta principios de marzo de 1945. Luego me trasladaron a otro campo durante tres semanas y me liberaron a finales de mes.

*Esta entrevista fue filmada para Bandung Productions en 1989.*